



MARÍA
ZARAGOZA

EL
INFIERNO
ES UNA
CHICA
ADOLESCENTE

Ilustrado por
AxMxAxLx

minotauro ilustrados

MARÍA
ZARAGOZA

EL
INFIERNO
ES UNA
CHICA
ADOLESCENTE

Ilustrado por
AxMxAxLx

minotauro *ilustrados*

© María Zaragoza, 2023
Ilustración de cubierta e ilustraciones de interior:
© Ana María Alcañiz Lizcano (AxMxAxLx), 2023

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2023 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Diseño de cubierta: Book & Look
Diseño de interior: dtm+tagstudy

ISBN: 978-84-450-1455-4
Depósito legal: B. 13.423-2023
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros



Extraña
mimesis
adolescente



Había algo en los ojos de Claudia cuando llegó septiembre: una cosa distinta, irreal, maravillada. Una cosa que hacía que todas las chicas de la escuela quisiéramos tener esa mirada húmeda, ausente y fija de virgen procesionaria. Tenía los catorce recién cumplidos y decía que ese verano había conocido el amor. De la misma manera que las chicas de dieciséis habían dejado de comer al mismo tiempo cuando habían conocido a Kate Moss, y las de quince habían empezado a vomitar lo comido cuando a las primeras se les estropearon el pelo y las uñas, nosotras, las de catorce, quisimos ser una sola acción. En este caso, nos parecía que el amor, a juzgar por los ojos maravillados de Claudia, era menos peligroso que una modelo de pasarela o que atiborrarse a pasteles para luego devolverlos, como nos habían dicho en clase que hacían los romanos. Aquellas chicas mayores tenían ojos de pescado muerto sobre cama de hielo. Claudia parecía divina.

Nos parecía normal querer ser lo mismo porque se nos había dicho desde pequeñas que ser hombre era una cosa compleja, que cada hombre era único y diferente, pero que ser mujer, sin embargo, resultaba sencillo: todas las mujeres eran una misma mujer, con pequeñas variantes dotadas con el don de la insignificancia. Si a una le pasaba algo, por fuerza debía afectarnos a todas las demás, porque corríamos como magma en el que se funden las piedras. Sermujereraserigualatodaslas mujereseraserunasolacosaeraserunente. Debíamos dar gracias de tener alma por aquel entonces. Pero incluso el alma era compartida, imaginábamos. La mujer era un colectivo. Como ese demonio del que nos habían hablado, éramos una y éramos Legión.





Hasta ahora, aquella cosa de ser una sólo nos había afectado para lo malo. Pero, con el caso de Claudia, tuvimos la esperanza de que eso que nos unía pudiera ser para lo bueno de vez en cuando. Incluso tuvimos la esperanza de que nos tocara. Ya habíamos forrado las carpetas de Kurt Cobain al mismo tiempo, pero eso no contaba. Al fin y al cabo, era bastante difícil que conociéramos a Kurt Cobain algún día. Y, de ser así, ¿sería él el amor del que hablaba Claudia?

Al poco, a Claudia le empezó a crecer la barriga. Era una barriga redonda, dura, que no pegaba con el resto de su cuerpo moreno de vacaciones en Punta Umbría. Nos aclaró que eso era porque el amor no había nacido en Punta Umbría: ese año sus padres habían tirado la casa por la ventana y se habían ido todos a la isla de Egina en Grecia, y había conocido allí el amor mudo, o el amor silencioso, o algo por el estilo dijo. Había conocido el amor de alguien con el que no se podía entender hablando, pero había muchos otros idiomas que todavía las demás no podíamos imaginar porque no habíamos sentido el amor como ella lo había sentido.

Uno de aquellos días largos y aburridos, cuando ya refrescaba al atardecer, la familia de Claudia había decidido sentarse en un chiringuito junto al mar. Claudia comentó que era tan cutre que parecía que lo hubieran puesto a toda prisa para ellos. Tenía un puñado de sillas a medio oxidar y mesas improvisadas con tablas sobre cajas de refrescos. A un lado, una señora vestida de negro con un pañuelo en la cabeza. Al otro, un tendedero en el que, en vez de ropa, habían colgado pulpos. A pesar de la oposición y el asco de Claudia y su madre, el padre se empeñó en que no habría mejor lugar que ese para probar el pulpo, y pidió dos de los octópodos. En ese instante, Claudia se arrepintió de inmediato de haber sentido asco por aquel tendedero donde se retorcían los animales, porque la señora, con la que se habían comunicado por señas, pegó un grito que resonó bajo el hule que habían puesto como parasol: «¡Odiseas!». No dijo nada más, pero el chico se incorporó con el resto del mensaje en mente. Había estado agachado arreglando la rueda de una bicicleta, y era por eso que no lo habían visto, pero cuando se puso en pie y empezó a desnudarse, Claudia ya no pudo ver otra cosa que aquel cuerpo tan semejante a todas las aburridas estatuas que abundaban en ese país, que aquella piel de un dorado aceituna, que aquel pelo rizado y negro, que aquellos ojos de un color verde que Claudia hubiese jurado que no existía hasta tenerlo delante; un verde que se resistía a desaparecer ante la ceguera de sol que tenían todos. Un verde que prevalecía.





El chico se desnudó por completo, cogió los restos de un palo de escoba partido por la mitad y se lanzó al agua. La madre de Claudia murmuró que aquello era una ordinariez y buscó el apoyo de su hija, porque las mujeres eran una sola cosa y debían ser de la misma opinión. Sin embargo, por vez primera, Claudia no emuló la nariz arrugada de mamá y se distinguió de ella. Por vez primera, sospeché que podría ser una cosa distinta, que quizá las mujeres no éramos piedras que se fundían en el magma. Quesermujernoeraserigualatodaslas mujeresnoeraserunasolacosanoeraserunente. Al ver a Odisseas desnudo no sintió la misma aversión que su madre. Sin embargo, no fue eso lo que desencadenó el amor, sino ver a Odisseas de regreso.

Como si fuese sobrehumano, o quizá como quien ha hecho algo tantas veces que acaba perdiendo de vista la relevancia del hecho, Odisseas emergió del agua con el cuerpo cubierto de pulpos. Los animales se pegaban a su torso, se retorcían sobre sus brazos, en el pecho, alrededor de las piernas; trataban de estrangular parte por parte la hermosura del chico que, sin pudor alguno, se acercó al padre y, en un gesto, pidió que le señalase los que se quería comer. En los segundos en los que el padre, mucho más avergonzado, tardó en decidirse, Claudia supo que amaba aquella amalgama de muchacho hermoso y tentáculos. Más lo amó todavía cuando Odisseas utilizó aquellos dos palos para despegarse los pulpos elegidos y dárselos a la señora del pañuelo negro. El resto se destinaron al tendedero, supuso ella, para morir al último sol de la tarde.

Claudia nunca había comido pulpo, pero entendió que era lo mejor que podía pasarle y lo devoró con rabia, con lascivia, como si hubiera podido devorar al chico que encantaba a los animales para que se pegasen a su cuerpo. Lo imaginaba como una suerte de criatura híbrida, capaz de convencer a otros seres de marcharse con él como haría un submarino flautista de Hamelín. Luego, Claudia calló y no nos contó nada más.

La historia del encantador de pulpos se metió en nuestras cabezas y se filtró a nuestros sueños en las semanas siguientes. Al cerrar los ojos, veíamos el cuerpo de Odisseas a contraluz, con aquellos ojos verdes sobrenaturales y los miembros cubiertos de vida palpitante y enroscada. Nos despertábamos con un hambre voraz, mucho más hambrienta que cualquier otra hambre que hubiésemos sentido antes. Al poco, nuestras barrigas se empezaron a redondear también.

Fueron ocho meses de castigos y ayes de nuestros padres, que no entendían que habíamos conocido el amor por una extraña mimesis





adolescente, y que todas amábamos a ese Odisseas que jamás conoceríamos, pero que nos había embarazado. Tampoco nosotras estábamos preparadas para contarle, felices de no haber sido contagiadas de las alucinaciones que hacían que las chicas mayores se muriesen de hambre o se terminaran suicidando. Nosotras teníamos los ojos brillantes de verano en Grecia. Qué fortuna habíamos tenido, no importaba que nadie lo entendiese. Habíamos sido embarazadas con efecto retroactivo por el recuerdo de Odisseas en agosto, sus dos palos y sus pulpos.

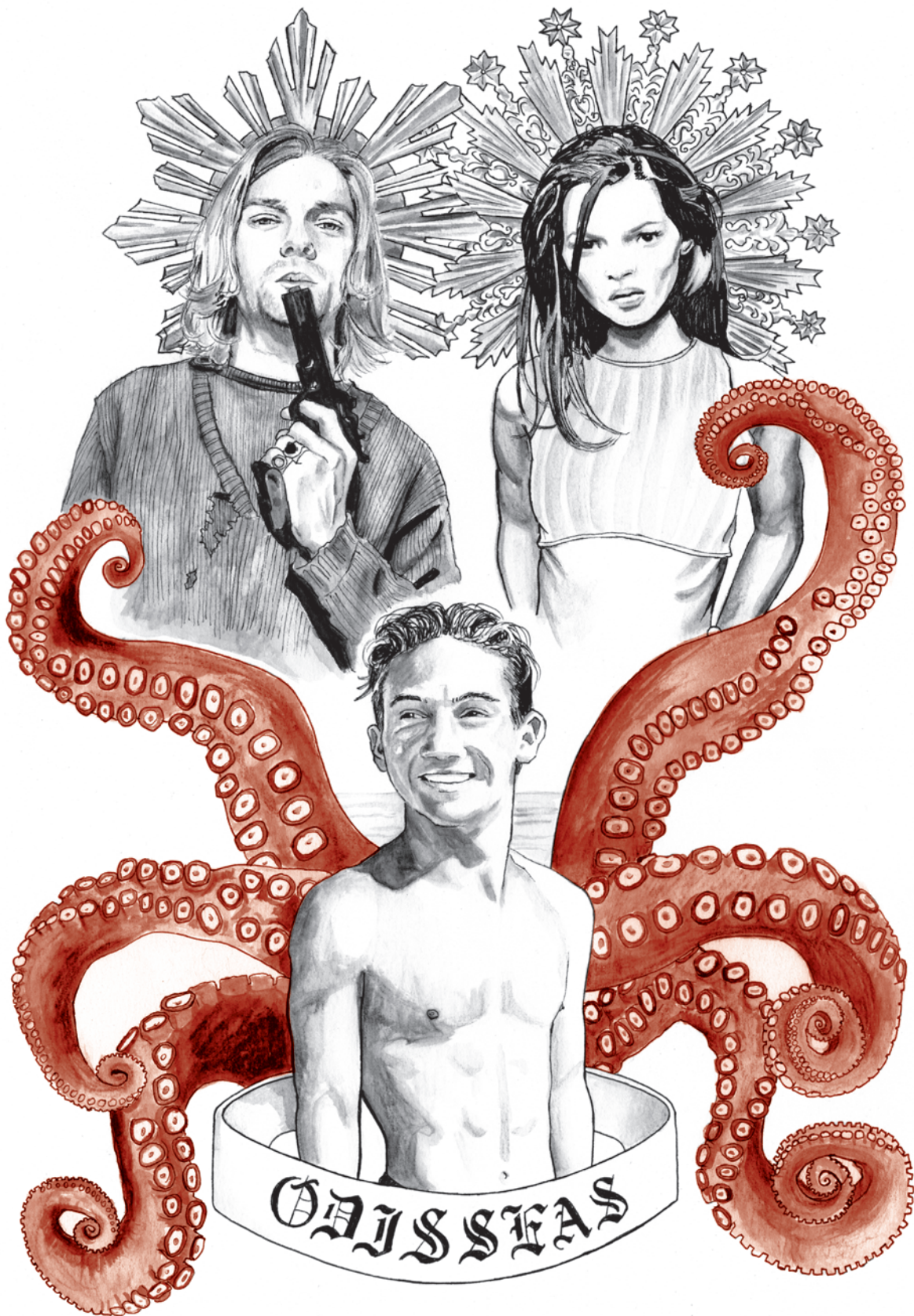
El día del parto, el hospital estaba saturado. Todas las chicas de catorce de la zona estábamos ingresadas y chillábamos, con la cara perlada de sudor y la sospecha de que, a un dolor tan grande, no se sobrevivía. No importaba lo que dijeran nuestras madres. También nosotras habíamos roto con ellas y nos habíamos distinguido, aunque siguiéramos siendo iguales las unas a las otras hasta en lo del embarazo. Sermujernoeraserigualatodaslas mujeresnoeraserunasolacosanoeraserunente.

Fui la primera en parir un pulpo muerto en aquellos primeros días de abril, pero no la única. Todas parimos uno, un pulpo que no era capaz de moverse porque no estaba ni en el mar ni sobre el cuerpo de Odisseas ni, lo que es peor, en nuestra imaginación. Claudia, aunque había sido la primera, fue la última en echarlo. Su pulpo era mucho más grande y casi la mató. Tenía los ojos verdes y consiguió sobrevivir fuera de su fantasía tres minutos exactos.

Los médicos enmudecieron después de comentar que en las pruebas no se había visto nada raro. Nuestros padres enmudecieron después de decidir que comprarían entre todos una tumba sin nombre en el cementerio para enterrar a sus monstruosos nietos. Creo que fue porque no tuvieron valor para permitir que nos los comiéramos, que desde ese día empezamos a distinguirnos las unas de las otras y a encontrar nuestra propia personalidad. Yo, por ejemplo, descubrí que era tímida, buena lectora, que me gustaba la pintura del renacimiento, el cine fantástico y la música de los setenta, aparte de Nirvana. Claudia se reveló como una de esas personas que sienten demasiado rencor por el mundo que las rodea y acaban haciéndole la vida imposible a cualquiera que se les acerque. Las demás, cada una fue a su manera y a unas les fue mejor que a otras.

Aquel día, después de aquel triste entierro anónimo del que jamás volveríamos a hablar, nos dimos cuenta de que las mujeres también





OJSSFEAS



éramos cada una a nuestra manera si queríamos serlo, y que nos habían engañado toda la vida hasta el punto de que nos creíamos especiales cuando nos decían que no éramos como todas las demás, o éramos capaces de descubrir el amor de manera simultánea con un desconocido que nos embarazaba de pulpos fantásticos.

Aquel día, también, cuando llegamos a casa y mamá puso el televisor en la tele en blanco y negro de la cocina, descubrí que Kurt Cobain se había pegado un tiro. Fue, quizá, el día más relevante de toda mi adolescencia.

